

doco me costaba. Antes de despedirlas, les arranqué la promesa de que renunciarían á sacrificios horrosos sin duda, puesto que habían sido proscritos hasta por Tiberio y Claudio. Exigí, no obstante, me fuesen entregados la druidesa Velleda y su padre Segenax, primer magistrado de los redones. Aquella misma noche me fueron presentados entrambos rehenes, y les dí el castillo por asilo. Hice salir una flota que halló á la de los francos y la obligó á alejarse de las costas de la Armórica. De este modo quedó plenamente restablecido el orden. Esta aventura, por consiguiente, tuvo para mí solo las consecuencias de que me resta hablarlos.»

Eudoro se interrumpió de repente; se mostró turbado, bajó los ojos, y luego los dirigió á su pesar á Cimodocea, que se ruborizó como si hubiese penetrado el pensamiento de Eudoro. Cirilo advirtió su mutua turbación, y dirigiéndose á la esposa de Lastenes, le dijo:

«—Séfora, quiero ofrecer el santo sacrificio por Eudoro, cuando haya acabado de contar su historia. ¿Podrías hacerme preparar el altar?»

Séfora se levantó y sus hijas la siguieron. La tímida Cimodocea no se atrevió á quedarse sola con los ancianos, y acompañó á las mujeres, no sin experimentar mortal disgusto.

Demodoco, que la veía cruzar cual ligera corza por el césped del jardín, exclamó lleno de alegría:

«—¿Qué gloria puede igualar á la de un padre que ve á su hijo crecer y hermostarse á su vista! El mismo Júpiter amó tiernamente á su hijo Hércules, y á pesar de ser inmortal, experimentó temores y agonias mortales porque había adoptado el corazón de padre. ¡Querido Eudoro! tú causas las mismas inquietudes y los mismos placeres á los tuyos. Prosigue tu historia. Amo, te lo confieso á tus cristianos: hijos de las Súplicas, acuden á todas partes como sus madres, en pos de la Injuria, para reparar el mal que esta ha causado. Son valientes como leones y tiernos como palomas; abrigan un corazón tranquilo é inteligente: ¡lástima grande por cierto que no conozcan á Júpiter! Pero yo, Eudoro, continuo hablando á pesar del deseo que tengo de oírte. Tal; empero es, hijo mio, la condicion de los viejos: cuando han empezado un discurso, se embelesan con su propia sabiduría; un dios les impele, y no pueden ya detenerse.»

Eudoro volvió á tomar la palabra.

## LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO. Continuacion de la historia. Fin del episodio de Velleda.

«YA os he dicho, señores, que Velleda habitaba el castillo con su padre. Los pesares y la inquietud despertaron desde luego en Segenax una fiebre ardiente, durante la cual le prodigué todos los auxilios que exigía la humanidad, y todos los días iba á visitar al padre y á la hija en la torre á donde les había hecho trasladar. Esta conducta, diferente de la de otros comandantes romanos, escitó una viva gratitud en los dos desgraciados: el anciano volvió á la vida, y la druidesa, que había mostrado al principio un profundo abatimiento, mostróse en breve mas contenta. Encontrábalas paseando sola con alegre aspecto los patios del castillo, las salas, las galerías, los pasadizos secretos y las escaleras circulares que conducían á las habitaciones altas de la fortaleza; multiplicábase á mi paso, y cuando la juzgaba al lado de su padre, se dejaba ver de repente en el fondo de un oscuro corredor, á manera de fantástica aparición.

«Esta mujer era extraordinaria. Tenia, como todas las galas, algo de caprichoso y atractivo: su mi-

rada era viva, su boca descubria una espresion un tanto desdeñosa, y su sonrisa era notablemente dulce y espiritual. Sus ademanes ora eran altivos, ora voluptuosos, y en el conjunto de su persona advertíase á la par el abandono y la dignidad, la inocencia y el artificio. Grande hubiera sido mi sorpresa al hallar en una especie de salvaje un conocimiento profundo de las letras griegas y de la historia de su país, á no haber sabido que Velleda descendía de la familia del archidruida, y que había sido educada por un senani para ser incorporada al orden sabio de los sacerdotes galos. El orgullo dominaba en esta bárbara, y la exaltacion de sus ideas rayaba algunas veces en el delirio.

«Una noche, yo vigilaba solo en una sala de armas desde donde no se descubria el cielo sino por medio de estrechas y largas aberturas practicadas en el espesor de las piedras. Algunos rayos de las estrellas, deslizándose á través de estas grietas, hacían brillar las lanzas y las águilas, simétricamente colocadas á lo largo de las paredes. No había encendido luz, y paseaba en medio de las tinieblas.

«De improviso, un pálido crepúsculo blanquea las sombras en una de las estremidades de la galería; la inesperada claridad crece por grados y no tarda en descubrir á Velleda, en cuya mano resplandecía una de esas lámparas romanas que penden de una cadena de oro. Sus rubios cabellos, prendidos á la griega en la parte superior de su cabeza, estaban adornados de una corona de verbena, planta sagrada entre los druidas, y su vestidura se reducía á una blanca túnica. La hija de un monarca ostenta menos hermosa, nobleza y magestad.

«—Colgó su lámpara de las correas de un broquel, y dirigiéndose hácia mí me dijo:

«Mi padre duerme; ¡séntate y escucha!»

«Desprendí de la pared un trofeo de picas y dardos que coloqué en el suelo, y nos sentamos sobre aquel grupo de armas en frente de la lámpara.

«—¿Sabes, me dijo entonces la jóven bárbara, que soy hada?»

«Pedile la esplicacion de esta palabra.

«—Las hadas galas, respondió, tienen el poder de desatar las tempestades, de conjurarlas, de hacerse invisibles y de tomar la forma de diferentes animales.

«—No reconozco semejante poder, le repliqué con gravedad. ¿Cómo puedes creer razonablemente que posees un poder que nunca has ejercido? Mi religion se ofende de tan absurdas supersticiones. Las tempestades solo obedecen á Dios.

«—No te hablo de tu Dios, replicó con impaciencia. Dime: ¿has oído la última noche el gemido de una fuente en los bosques, y la queja de la brisa en la yerba que bajo tu ventana crece? ¿Pues bien! yo suspiraba en esa fuente y en esa brisa, porque he observado que amas el murmullo de las aguas y de los vientos.»

«Compadécime de aquella insensata, que leyendo este sentimiento en mi semblante, me dijo:

«—Te inspiro lástima; pero si me conceptuas loca, atribúyelo á tí mismo. ¿Por qué has salvado á mi padre con tanta bondad? ¿por qué me has tratado con tanta dulzura? Soy virgen, virgen de la isla de Saina: empero ya guarde, ya viole mis votos, yo sucumbiré, y tú serás la causa de mi muerte. Hé aquí lo que decirte queria. ¡Adios!»

«Levantóse, y tomando su lámpara desapareció.

«Nunca, señores, he experimentado igual dolor. Nada es tan horroroso como la desgracia de robar la paz á la inocencia. Yo me había adormecido en medio de los peligros, satisfecho con hallar dentro de mí la resolución del bien y la voluntad de tornar un día al abandonado aprisco. Esta tibieza debía ser castigada: yo había mecido en mi corazón las pasiones

con temeraria complacencia, y era justo sufriese el castigo impuesto á las pasiones!

«Por esto me quitó el cielo en aquel momento todo medio de alejar el peligro. Clario, el pastor cristiano, estaba ausente; Segenax hallábase todavía demasiado débil para salir del castillo, y yo no podía sin ofensa de la humanidad, separar á la hija del padre. Vime, pues, obligado á guardar el enemigo cerca de mí y á esponerme, á despecho mio, á sus ataques. En vano cesé de visitar al anciano; en vano me sustraía á la vista de Velleda, porque la hallaba en todas partes; me esperaba días enteros en los lugares por donde no podía dejar de pasar, y en ellos me hablaba de su amor.

«Yo conocía, es cierto, que Velleda jamás me inspiraría un cariño verdadero, pues carecia para mí de ese atractivo secreto que constituye el destino de nuestra existencia; no obstante, la hija de Segenax era jóven, hermosa y apasionada; y cuando sus labios articulaban palabras de fuego, todos mis sentidos experimentaban un total desconcierto.

«A cierta distancia del castillo, en uno de esos bosques llamados castos por los druidas, veíase un árbol muerto que el hierro había despojado de su corteza. Aquella especie de fantasma se hacia distinguir por su palidez en medio de las negras hondonadas del bosque. Adorado bajo el nombre de Irminsul, habíase convertido en una divinidad formidable para los bárbaros, quienes en sus alegrías como en sus pesares, no sabían invocar sino la muerte. En derredor de aquel simulacro, algunas encinas cuyas raices habían sido regadas con sangre humana, dejaban ver suspensas de sus ramas las armas y las insignias bélicas de los galos; el viento las agitaba en el ramaje, y producian al mútuo choque siniestros rumores.

«Yo iba con frecuencia á visitar aquel santuario. Lleno del recuerdo de la antigua raza de los celtas; cierto día meditaba en el mismo lugar. El aquilon zumbaba á lo lejos y arrancaba del tronco de los árboles grandes manojos de yedra y musgo. Velleda se presentó á mí bruscamente.

«—Huyes de mí, me dijo, buscas los lugares mas solitarios para librarte de mi presencia; pero tu propósito es inútil, porque hasta la tempestad te trae á Velleda, como ese musgo marchito que cae á tus piés.»

«Y colocándose en pié delante de mí, cruzó los brazos, me miró de hito en hito, y me dijo:

«—Tengo muchas cosas que decirte; quisiera hablar largo rato contigo. Sé que mis quejas te importunan; sé que nunca te inspirarán amor; ¡pero, cruel! yo me deleito en mis confesiones; me complazco en alimentarme de mi llama y en hacerte conocer toda la estension de mi violencia. ¡Ah! ¡cuál si me amases, cuál seria nuestra felicidad! Halláramos para espesarnos, un lenguaje digno del mismo cielo; ahora empero me faltan palabras, porque tu alma no responde á mi alma.»

«Una ráfaga de viento estremeció rúdamente el bosque, y los escudos de metal exhalaban un melancólico quejido. Velleda levantó desfavorida la cabeza, y mirando los suspendidos trofeos, exclamó:

«—Las armas de mi padre gimen; ¡oh! ¡alguna calamidad me predican!»

«Despues de un momento de silencio añadió:

«—Es preciso, sin embargo, que alguna razon motive tu estraña indiferencia. Tanto amor hubiera debido inspirártelo. Esta frialdad es demasiado extraordinaria.»

«Interrumpióse de nuevo. Saliendo de repente como de una reflexion profunda, exclamó:

«—¡He aquí la razon que buscaba! No puedes sufrirme, porque nada digno de tí me es posible ofrecerme.»

«Entonces, acercándose á mí como delirante, y poniendo su mano sobre mi corazón, prosiguió:

«—¡Guerrero! tu corazón permanece tranquilo bajo la mano ardiente del amor; pero tal vez un trono le haria palpar. ¡Habla! ¿quieres el imperio? Una gala lo prometió á Diocleciano; una gala te lo propone; pero aquella gala era únicamente profetisa, y yo soy á la vez profetisa y amante. Todo, por consiguiente, lo puedo en obsequio tuyo; bien lo sabes: muchas veces hemos dispuesto de la púrpura. Armaré en secreto á nuestros guerreros; Teutatés te será favorable, y merced á mi arte obligaré al cielo á secundar tus deseos. Haré salir á los druidas de sus bosques y marcharé yo misma á los combates, llevando en la mano una rama de encina. Y si la suerte nos fuese adversa, hay todavía otras cuevas en las Galias, donde, nueva Eponina, podria ocultar á mi esposo. ¡Ah! ¡desventurada Velleda! ¡hablas de esposo, y nunca serás amada!»

«La voz de la jóven bárbara espira, su mano en mi pecho apoyada, cae sin fuerza; inclina la cabeza y su ardor se apaga en torrentes de lágrimas.

«Esta conversacion me llenó de espanto, pues empecé á temer que mi resistencia seria inútil. Mi ternura era estremada cuando Velleda cesó de hablar, y durante el resto del dia senti sobre mi intranquilo corazón la impresion ardiente de su mano. Queriendo á lo menos hacer un esfuerzo postrero para salvarme, tomé una resolución que en lugar de prevenir el mal contribuyó tan solo á agravarlo, porque cuando Dios se resuelve á castigarnos, vuelve en nuestro daño nuestra propia sabiduría y menosprecia una prudencia hartó tardía.

«Os he dicho que no había podido hacer salir desde luego á Segenax del castillo á causa de su estremada debilidad; pero recobrando el anciano lentamente sus fuerzas y creciendo por momentos el peligro para mí, supuse haber recibido cartas de César en que se me mandaba devolver la libertad á los prisioneros. Velleda quiso hablarme antes de su partida, pero me negué á verla para evitarnos recíprocamente una escena dolorosa; y no permitiéndole su cariño filial abandonar á su padre, le siguió, como yo lo había previsto. Al dia siguiente se presentó á las puertas del castillo, pero le fue dicho que yo había emprendido un viaje. Esto oído, bajó tristemente la cabeza y volvió en silencio al bosque; durante muchos días se presentó del mismo modo pero recibió igual respuesta. La última vez permaneció largo rato apoyada en un árbol, mirando los muros de la fortaleza. Yo la veía á través de una ventana sin poder reprimir mis lágrimas; alejóse al fin con lento paso y no volví á verla.

Empezaba á encontrar un poco de descanso, pues me lisonjaba creyendo que Velleda se había al fin curado de su fatal amor. Cansado del encierro en que me había mantenido, quise respirar el puro ambiente del campo. Arrojé sobre mis espaldas una piel de oso, armé mi brazo con el chuzo de un cazador, y saliendo del castillo, fuí á sentarme en una prominente colina desde donde se descubria el estrecho británico.

«Semejante á Ulises recordando su Itaca, ó á los troyanos desterrados en los campos de la Sicilia, yo miraba la vasta estension de las olas y lloraba. Nacido al pié del monte Taigeto, pensaba, el melancólico murmullo del mar es el primer rumor que hirió mi oído al abrir mis ojos á la luz. ¡En cuántas playas he visto despues estrellarse las mismas olas que ora miro romperse á mis piés! ¡Quién me hubiese dicho algunos años há que oiria gemir en las costas de Italia, en las arenosas playas de los bátavos, de los bretones y los galos aquellas olas que veía espaciarse y desenvolverse en las hermosas playas de la Mesenia! ¿Cuál será el término de mis peregrinaciones? ¡Feliz yo si la muerte me hubiese sorprendido antes de haber empezado mis escursiones sobre la tierra,

y cuando á nadie podía contar aventura alguna!»

«Tales eran mis reflexiones, cuando oí bastante cerca de mí los sonidos de una voz y una guitarra. Estos sonidos, interrumpidos por intervalos de silencio, por el doble murmullo del bosque y el mar, por el chillido del chorlito, y la alondra marina, ofrecían cierto sello de encanto y de rusticidad. No tardé en descubrir sentada, en las malezas á Velleda, cuyo adorno anunciaba la perturbación de su espíritu: ostentaba un collar de frutos de escaramujo; su guitarra pendía de su seno por medio de una trenza de yedra y helecho seco, y un velo blanco que cubría su cabeza, bajaba hasta sus pies. Con tan singular atavío, pálida y cansados los ojos de llorar, su belleza, no obstante, cautivaba la atención. Yo la vislumbraba detrás de un matorral medio desnuda; así representa el poeta la sombra de Dido, mostrándose á través de un bosque de mirtos, semejante á la luna nueva que se eleva magestuosa sobre una nube.

«Mi involuntario movimiento al reconocer á la hija de Segenax, atrajo sus miradas. A mi aspecto, la expresión de una alegría turbada se anunció en su semblante. Hizome una señal misteriosa y me dijo:

«—Harto sabía que lograría atraerte á estos lugares; ¿lo ves? nada resiste al poder de mis acentos.»

«Y se puso á cantar:

«—Hércules, tu desembarcaste en la frondosa Aquitania; Pirene, que dió su nombre á las montañas de la Iberia, Pirene, hija del rey Bebricio, se casó con el héroe griego; porque los griegos han cautivado en todos tiempos el corazón de las mujeres.»

«Velleda se levantó, y acercándose á mí me dijo:

«—No sé que indefinible encanto me arrastra en pos de tí; vago sin cesar en derredor de tu castillo, y me entristezco al no poder penetrar en él. Pero he preparado hechizos; iré á buscar el sélag; ofreceré primero una oblación de pan y vino; me vestiré de blanco; desnudos los pies mi mano derecha oculta debajo de la túnica, arrancará la planta, y mi izquierda la robará á mi derecha. Nada, entonces, será poderoso á resistirme: me deslizaré en tu habitación sobre los rayos de la luna; tomaré la forma de una paloma campestre, y volaré á la cúspide de la torre que habitas. Si yo supiese lo que prefieres!.. podría... ¡Pero no! quiero ser amada por mí misma, porque me serias infiel si me amases bajo prestadas formas.»

«A estas palabras, Velleda prorrumió en gritos de desesperación.

«Pero pronto, cambiando el giro de sus ideas y procurando leer en mis ojos, como para penetrar mis secretos, exclamó:

«¡Oh! ¡sí, sí! las romanas habrán gastado tu corazón porque las habrás amado en demasia. ¿Tantas ventajas, pues, ostentan sobre mí? Los cisnes son menos blancos que las hijas de los galos; nuestros ojos tienen el color y el brillo del cielo; nuestros cabellos son tan hermosos que tus romanas nos los compran, para con ellos prestar á sus sienes atractiva sombra; pero el follaje solo ostenta sus gracias sobre la copa del árbol nativo. ¿Ves mi cabellera? Pues bien! si hubiese querido cederla, hermosearia ahora la altiva frente de la emperatriz; ¡pero es mi diadema, y la he guardado para tí! ¿Ignoras que nuestros padres, hermanos y esposos encuentran en nosotras cierto sello divino? Una voz impostora te habrá tal vez referido que las galas son caprichosas, inconsistentes é infieles; ¡no le des asenso! Entre los hijos de los druidas las pasiones son graves y de resultados terribles.

«Tomé entre las mias las manos de aquella infeliz y las estreché tiernamente.

«—Velleda le dije, si me amas, hay un medio de probármelo; vuelve á casa de tu padre, que ha menester de tu auxilio. No te abandones á un dolor que perturba tu razón y me ocasionará la muerte.»

«Esto diciendo, baje la colina y Velleda me siguió. Nos internamos en el campo por caminos poco frecuentados, en los que crecía el césped.

«—Si me hubieses amado, decía Velleda, ¡con cuánta intensa delicia hubiéramos recorrido estos campos! ¡Cuánta felicidad sería para mí vagar á tu lado por estos solitarios caminos, á semejanza de la oveja cuyos vellones han quedado pendientes de estas zarzas!»

«Se interrumpió, y mirando sus brazos enflaquecidos, dijo con amarga sonrisa:

«—Yo también he sido desgarrada por las espinas de este desierto, y dejo en ellas diariamente parte de mis propios despojos.»

«Tornando de nuevo á sus ensueños, prosiguió:

«—A la margen del arroyo, al pié del árbol añoso, á lo largo de esta cerca y de estos surcos donde sonríe el primer verdor de los trigos que no veré llegar á sazón, hubiéramos admirado el ocaso. Muchas veces, durante las tempestades, ocultos en alguna quinta aislada ó entre las ruinas de una cabaña, hubiéramos oído gemir el viento bajo el abandonado techo de paja. ¿Imaginaste acaso que en mis sueños de felicidad he codiciado tesoros, palacios, ostentación? ¡Ah! Harto más modestos eran mis más caros deseos, y no obstante no han sido escuchados. Nunca he visto en el rincón de un bosque la insegura clozo de un pastor, sin ocurrirme que esa clozo me bastaría contigo. Mas feliz que esos escitas, cuya historia me han contado los druidas, paseáramos hoy nuestra cabaña de soledad en soledad, y nuestra morada no pertenecería ya más á la tierra que nuestra propia vida.»

«Llegamos á la entrada de un bosque de abetos y de cedros. La hija de Segenax se detuvo y dijo:

«—Mi padre habita este bosque; no quiero que entres en su vivienda, porque te acusa de haberle robado su hija.» Tú puedes, sin ser demasiado infeliz, verme en medio de mis amarguras, porque soy joven y vigorosa; pero las lágrimas de un anciano desgarran el corazón. Iré á buscarte al castillo.»

«Dijo, y me abandonó bruscamente.

«Este inopinado encuentro dió el último golpe á mi razón. Tan poderoso es el peligro de las pasiones, que aun sin sentir las se respira en su atmósfera un veneno que perturba las facultades del alma. Veinte veces, mientras Velleda me expresaba unos sentimientos tan melancólicos y tiernos, veinte veces estuve próximo á arrojarme á sus pies, á asombrarla con el espectáculo de su victoria y á colmarla de júbilo con la confesión de mi derrieta; pero en el momento de sucumbir, no debí mi salvación sino á la misma compasión que esta desgraciada me inspiraba. Mas, esta compasión que al principio me salvó, fue en realidad la que me perdió, porque me privó del resto de mis fuerzas. No sentí ya dentro de mí firmeza alguna contra Velleda, y me acusé de ser la triste causa del extravío de su razón, por mi exagerada rigidez. Una prueba tan desastrosa de valor, me inspiró aversión al mismo valor; caí de nuevo en mi habitual debilidad, y no contando ya conmigo mismo, cifré toda mi esperanza en el regreso de Clario.

«Trascurrieron algunos días, y no volviendo Velleda al castillo, como había prometido, empecé á temer algún accidente fatal. Lleno de viva inquietud, subía para dirigirme á la vivienda de Segenax cuando un soldado que llegaba aceleradamente de la costa, vino á participarme que la flota de los francos se presentaba de nuevo á la vista de la Armórica. Víme, pues, precisado á ponerme en marcha sin dilación. El tiempo estaba encapotado y todo anunciaba una tempestad. Como los bárbaros elegían casi siempre para desembarcar el momento de las tormentas, redoblé mi vigilancia é hice poner por todas partes á los soldados sobre las armas, fortificando al mismo tiempo los puntos más amenazados. Todo el día pasó

en estos trabajos; y haciendo la noche estallar la tempestad, nos vimos envueltos en nuevas zozobras y alarmas.

«A la estremidad de una costa peligrosa, sobre una playa en que crecen escasamente algunas yerbas en una arena estéril, se eleva una dilatada serie de piedras druidicas semejantes al sepulcro donde había hallado á Velleda. Azotadas por los vientos, las lluvias y las olas, alzan allí solitarias entre el mar, la tierra y el cielo; su origen y destino son igualmente desconocidos. Monumentos de la ciencia de los druidas, simbolizan algunos secretos de la astronomía, ó algunos misterios de la Divinidad? Se ignora. Pero los galos, que no se acercan á estas piedras sin profundo terror, dicen que en ellas se advierten fuegos errantes y se escucha la voz de los fantasmas.

«La soledad de aquel lugar y el pavor que inspiraba me parecieron oportunos para favorecer un desembarque de los bárbaros. Creí, pues, debía colocar una guardia sobre aquella costa, y resolví pasar en ella la noche.

«Un esclavo enviado por mí con una carta á Velleda, había vuelto con esta carta, porque no había encontrado á la druidesa, que había dejado á su padre hacia la tercera hora del día, y se ignoraba su paradero. Esta noticia contribuyó á aumentar mis temores. Devorado de amarguras, habíame sentado lejos de los soldados, en un lugar solitario. Súbitamente oí un rumor y creí entrever algún objeto en la sombra. Desenvainé la espada, me levanto y corro hacia la fugitiva fantasma; mas ¡cuál fue mi sorpresa al asir á Velleda!

«—¡Cómo! me dijo en voz baja, eres tú! ¿Has sabido acaso que me hallaba aquí?

«—No, le respondí, ¿pero hacías traición á los romanos?»

«—¡Me hablas de traición! replicó indignada; ¿no he jurado no emprender cosa alguna contra tí? Sígueme y verás lo que hago aquí.»

«Y tomándome de la mano, me condujo hasta la punta más prominente del último peñasco druidico.

«La mar se estrellaba á nuestros pies contra los escollos con pavoroso estruendo; y sus rotas oleadas ásperamente impelidas por el viento, al azotar el estremecido peñasco, nos cubrían de espuma y destellos de fuego. Las nubes volaban por el cielo velando en su tormentosa fuga la faz de la luna, que parecía correr rápidamente á través de aquel siniestro caos.

«—Escucha con atención lo que voy á comunicarte, me dijo Velleda. En esta costa habitan unos pescadores desconocidos para tí. Cuando la noche haya llegado á la mitad de su curso, oírán que una persona golpea sus puertas y les llama en voz remisa. Entonces correrán á la playa sin conocer el poder que los arrastra; hallarán unas barcas vacías, y sin embargo, estas barcas estarán tan cargadas de almas de muertos, que apenas se alzarán sobre el nivel de las olas. En menos de una hora los pescadores terminarán una navegación de un día, y conducirán las almas á la isla de los Bretones. A nadie verán ni durante la travesía ni durante el desembarque; pero oírán una voz que contará los nuevos pasajeros al guardian de las almas. Si en las barcas se hallan algunas mujeres, la voz declarará el nombre de sus esposos. Tú sabes, ¿verdad? si se podrá nombrar el mío.»

«Quise combatir las supersticiones de Velleda.

«—¡Calla! me dijo, como si hubiese sido reo de impiedad. Pronto verás el torbellino de fuego que anuncia el paso de las almas. ¿No oyes ya sus gritos?

«Velleda calló y prestó atento oído.

«Después de algunos momentos de silencio dijo:

«—Cuando yo no exista, prométeme enviarme noticias de mi padre. Cuando alguno haya dejado de ser, me escribirás cartas que arrojarás en la hoguera fúnebre, y llegarán hasta mí en la Mansion de los Re-

cuertos; las leeré con delicia, y de esta suerte conversaremos desde ambos lados del sepulcro.»

«En este momento, una ola furiosa choca rebramando contra el sombrío peñasco y conmueve sus eternos cimientos. Unaráfaga de viento rasga los densos nubarrones, y la luna deja caer un rayo mortecino sobre la concitada superficie de las olas. Estiéndense por la playa siniestros rumbos; la tétrica ave de los escollos hace oír su gemido, semejante al grito de agonía del hombre que se anega; el despavorido centinela da el grito de alarma. Velleda convulsa tiende sus brazos y exclama:

«—¡Me esperan!»

«Y se dirigió hacia las embravecidas olas; yo la retuve por su velo...

«—¡Oh Cirilo! ¿cómo proseguir? mi rostro se cubre de vergüenza y confusión, pero te debo la confesión entera de mis faltas: las someto, sin ocultar circunstancia alguna, al santo tribunal de tu augusta ancianidad. ¡Ah! ¡después de mi naufragio, me refugio en tu caridad, como en un puerto de misericordia!

«Desfallecido por los repetidos combates que contra mí mismo había sostenido, no pude resistir al último testimonio del amor de Velleda. Tanta hermosura, tanta pasión, desesperación tanta, me privaron á mi vez de la razón; ¡quedé vencido!

«—¡No! grité frenético en medio de la noche y la tempestad, ¡no soy bastante fuerte para ser cristiano!»

«Caigo á los pies de Velleda... ¡El infierno da la señal de este himeneo funesto; los espíritus de las tinieblas ahullan en el abismo; las castas esposas de los patriarcas vuelven la vista, y mi ángel protector, cubriéndose con sus alas, huye á los cielos!

«La hija de Segenax se resolvió á vivir, ó por mejor decir, no tuvo la fuerza necesaria para morir. Permanecía muda en una especie de estupor, á la vez suplicio horroroso é inefable deleite. El amor, el remordimiento, la vergüenza, el temor, y sobre todo la sorpresa agitaban el corazón de Velleda: no podía creer que yo fuese aquel mismo Eudoro, hasta allí tan insensible; y, no sabiendo si se veía alucinada por algún fantasma de la noche, me tocaba las manos y los cabellos para cerciorarse de la realidad de mi existencia. En cuanto á mí, mi felicidad semejaba á la desesperación; y cualquiera que nos hubiera visto en medio de nuestra ventura, nos hubiera juzgado dos criminales á quienes acaba de leerse la sentencia fatal.

«Desde aquel momento me sentí marcado con el sello abrumador de la reprobación divina; dudé de la posibilidad de mi salvación y de la omnipotencia de la misericordia de Dios. Tinieblas espesas como un humo denso se extendieron por mi alma, de la que me pareció que una legión de espíritus rebeldes tomaba súbita posesión. Hallé en mí ideas desconocidas; mis labios articularon naturalmente el idioma de los infiernos, é hice oír las blasfemias de aquellos lugares en donde resonarán gemidos y llantos eternos.

«Llorando y sonriendo alternativamente, la más dichosa y la más desventurada de las criaturas, Velleda guardaba silencio. El alba empezaba á iluminar los cielos, y el enemigo no se presentó á nuestra vista. Volví á mi castillo seguido de mi víctima. Dos veces la estrella que señala los últimos pasos del día ocultó nuestro sonrojo en las sombras, y dos veces la estrella precursora de la luz, nos trajo la vergüenza y los remordimientos. A la tercera aurora, Velleda subió sobre mi carro para ir á buscar á Segenax; mas no bien había desaparecido en los bosques de encinas, cuando vi elevarse sobre estos alta columna de fuego y humo. En el instante que descubrí tan alarmantes señales, un centurion vino á noticiarme que se oían resonar de aldea en aldea los gritos en que prorumpen los galos cuando quieren comunicarse una

nueva. Créi que los francos habian atacado algun punto de la costa, y dime prisa a salir con mis tropas.

«Pronto descubrí á multitud de paisanos que corrían en todas direcciones, y se reunían á un numeroso grupo que hácia mí se adelantaba.

«Marcho al frente de los romanos contra los rústicos batallones. Al colocarme al alcance de un venablo, mando hacer alto á mis soldados, y adelantándome solo, desnuda la cabeza, entre ambos ejércitos, hablo en estos términos:

«—¡Galos! ¿qué causa os congrega? ¿Los francos han desembarcado en las Armóricas? ¿Venís á ofrecerme vuestros auxilios, ó bien os presentais aquí como enemigos de César?»

«Un anciano salió de las filas. Sus hombros temblaban bajo el peso de la coraza, y un inútil acero abrumaba su cansado brazo. ¡Oh sorpresa! creo reconocer una de aquellas armaduras que habia visto suspendidas en el bosque de los druidas. ¡Oh confusión! ¡oh dolor! ¡aquel venerable guerrero era Segenax!

«—¡Galos! gritó, testigos sean de mi acusacion estas armas de mi juventud, que he tomado de nuevo del tronco de Irminsul, donde las habia consagrado: ¡he ahí al que ha deshonrado mis blancos cabellos! Un sacerdote ha seguido á mi hija, cuya razon está estraviada, y ha visto en las sombras el crimen de un romano. ¡La virgen de Saina ha sido ultrajada! ¡Vengad á vuestras hijas y á vuestras esposas! ¡Vengad á los galos y á vuestros dioses!»

«Dice, y me lanza un venablo con impotente mano. El dardo sin fuerza viene á caer á mis piés; ¡benédecidole hubiera si me hubiese atravesado el corazon! Los galos, exhalando un ronco grito, se precipitan sobre mí, pero mis soldados avanzan en mi defensa. En vano intenté detener á los combatientes. No era ya aquel un tumulto pasajero; era un verdadero combate, cuyos confusos clamores llegaban al cielo. Hubiérase creído que las divinidades de los druidas habian salido de sus bosques, y que desde lo alto de un aprisco animaban á los galos á la matanza: ¡tan ciego era el encarnizamiento que mostraban aquellos montaraces labradores! Indiferente á los golpes que amagaban mi cabeza, solo me ocupé en salvar á Segenax; pero mientras le arrancaba á las manos de los soldados, y procuraba ponerle al abrigo del tronco de una encina, un dardo arrojado de en medio de la exasperada multitud, rompe los aires con pavoroso silvido y viene á clavarse en las entrañas del anciano, que vacila y cae bajo el árbol de sus abuelos, á la manera que el anciano Priamo cayó bajo el laurel que prestaba amigra sombra á sus altares domésticos.

«En tan aciago momento, descúbrese un carro en la estremidad de la llanura. Inclinada hácia los caballos, una mujer, suelto el cabello, escita su ardor, queriendo al parecer prestarles alas. Velleda no habia encontrado á su padre, y habiendo sabido que este reunía á los galos para vengar el honor de su hija, la druidesa vió que ha sido delatada, y conoció toda la estension de su falta. Vuela sobre las huellas del anciano, llega á la llanura, teatro del combate fatal, impele desalada sus caballos á través de las filas, y me descubre derramando lágrimas sobre el yerto cadáver de su padre, tendido á mis piés. Enagenada de dolor, Velleda detiene sus impetuosos corceles, y grita desde lo alto de su carro:

«¡Galos! ¡suspended vuestros injustos golpes! Yo he causado vuestros males, yo he dado la muerte á mi padre! Cesad de arriesgar vuestros dias por una mujer criminal. El romano es inocente. La virgen de Saina no ha sido ultrajada: háse entregado ella misma, violando voluntariamente su votos. ¡Ojala mi muerte devuelva la paz á mi patria!»

«Arrancando entonces de su frente la corona de verbena, y descolgando de su ceñidor la segur de

oro, como si se dispusiese á hacer un sacrificio á sus dioses, exclama:

«¡No mancharé mas estos adornos de vestal!»  
«Calla, y aplica á su cuello el instrumento sagrado: la sangre brota y anega su pecho. Bien así como una segadora que al concluir su tarea se duerme á la estremidad del surco, la infeliz Velleda se reclina sobre el carro; la segur de oro abandona su desfallecida mano, y su hermosa cabeza cae blandamente sobre la espalda. Hace un esfuerzo para pronunciar de nuevo el nombre de su amado; pero sus lividos labios solo dejan percibir un confuso murmullo; yo no estaba ya sino en las visiones postreras de la hija de los galos, cuyos ojos, poco antes tan bellos, habia para siempre cerrado el invencible sueño de la muerte.

## LIBRO UNDECIMO.

SUMARIO. Prosigue la historia. Arrepentimiento de Eudoro. Su penitencia pública. Pasa á Egipto para pedir su retiro á Diocleciano. Navegacion. Alejandria. El Nilo. El Egipto. Eudoro alcanza su retiro de Diocleciano. La Tebaida. Eudoro vuelve á la casa paterna. Fin de la historia.

«¡PERDONAD, señores, las lágrimas que brotan todavía de mis ojos! No os diré que los centuriones me habian detenido mientras Velleda se arrancaba la vida. ¡En castigo demasiado justo del cielo, no debia volver á ver á la mujer á quien habia seducido, sino para hundirla en la tumba!

«La gran época de mi vida, ¡oh Cirilo! debe contarse desde este momento, pues es la época de mi vuelta á la religion. Hasta entonces, las faltas que me habian sido personales y que solo sobre mí habian refluído, me habian impresionado débilmente; pero cuando me reconocí causa de la ajena desgracia, mi corazon se sublevó contra mí. No titubee mas. Clario llegó, y arrojándome á sus piés le hice la confesion de las iniquidades de mi vida. El prelado me abrazó con vivos trasportes de alegría y me impuso parte de esta penitencia, no bastante rigurosa, cuya continuacion veis hoy.

«Las fiebres del alma semejan á las del cuerpo, por lo que para curarlas es preciso sobre todo cambiar de lugares. Resolví, pues, abandonar la Armórica, renunciar al mundo é ir á llorar mis errores bajo el techo paterno. Envié á Constancio las insignias de mi autoridad, suplicándole me permitiese abandonar el siglo y las armas; César procuró retenerme valiéndose de toda clase de medios, y me nombró prefecto del pretorio de las Galias; dignidad suprema, cuya jurisdiccion se estiende sobre la España y las islas de los bretones. Pero viendo Constancio cuan firme persistia en mis própositos, me escribió estas palabras, llenas de su acostumbrada bondad:

«No puedo concederte por mí mismo la gracia que me pides, porque perteneces al pueblo romano. Solo el emperador tiene el derecho de fijar tu suerte. «Ve, pues, á buscarle, solicita tu retiro, y si Augusto «te lo niega, vuelve á hallar al César.»

«Entregué el mando de la Armórica al tribuno que debia reemplazarme: abracé á Clario, y lleno de ternura y remordimientos, abandoné los bosques y asperezas que habia habitado la malograda Velleda. Me embarqué en el puerto de Nimes, llegué á Ostia y vi otra vez aquella Roma, teatro de mis primeros errores. En vano algunos amigos, jóvenes aun, quisieron llevarme á sus festines; mi tristeza envenenaba la alegría de sus banquetes, y fingiendo la sonrisa, mantenía largo rato la copa aplicada á mis labios, para ocultar mis lágrimas. Postrado ante el jefe de los cristianos que me habia separado de la comunión

de los fieles, le supliqué me incorporase al rebaño. Marcelino admitió mi arrepentimiento, y aun me hizo esperar que abreviada mi prueba, la casa del Señor me seria abierta de nuevo despues de cinco años, si perseveraba en la penitencia.

«Ya solo me faltaba presentar mi solicitud á los piés de Diocleciano, que todavia se hallaba en Egipto. No queriendo esperar su regreso, me decidí á pasar á Oriente.

«Habia en el muelle de Marco Aurelio uno de esos buques cristianos que los obispos de Alejandria envidian en tiempos de escasez para conducir el trigo destinado al socorro de los pobres. Este buque estaba pronto á darse á la vela para el Egipto, y me embarqué en él. La estacion era favorable, y levando anclas nos alejamos rápidamente de las costas de Italia.

«¡Ay! ¡yo habia atravesado ya este mar al salir por vez primera de mi Arcadia! Entonces era joven; y mi alma llena de esperanza, soñaba gloria, fortuna y honores; no conocia el mundo sino por los ensueños lisonjeros de mi imaginacion. Hoy, me decia, ¡cuán amarga diferencia! regreso de este mundo, y ¿qué he aprendido en tan triste peregrinacion?»

«La tripulacion era cristiana, y los deberes de nuestra religion cumplidos sobre el bajel, parecian aumentar la magestad de la escena. Si todos aquellos hombres, vueltos á la razon, no veian ya á Venus salir de un mar brillante y volar al cielo en alas de las Horas, admiraban la mano del que abrió el abismo y esparce á su voluntad el terror ó el deleite sobre las olas. ¿Necesitábamos las fábulas de Alcion y Ceix, para hallar tiernas relaciones entre las aves que vuelan sobre los mares y nuestros destinos? Al ver suspenderse en nuestros mástiles las fatigadas golondrinas, nos asaltaba el deseo de pedirles nuevas de nuestra patria, pues habian tal vez bádido sus alas en derredor de nuestro albergue y fabricado sus nidos á la sombra de nuestro techo. Reconoce aquí, Demodoco, esta sencillez de los cristianos, que les hace semejantes á los niños. Un corazon coronado de inocencia, vale mas para el marinero que una popa adornada de flores; y los sentimientos que exhala un alma pura son mas gratos al soberano de los mares, que el vino que corre de una copa de oro.

«Durante la noche, en lugar de dirigir á los astros invocaciones culpables y vanas, mirábamos en silencio ese firmamento, en que las estrellas se complacen en brillar por el Dios que las crió; ese hermoso cielo, esas tranquilas mansiones que yo habia cerrado para siempre á la desgraciada Velleda!

«Pasamos no lejos de Utica y de Cartago. Mario y Caton no me recordaron en el crimen y en la virtud sino un poco de gloria y mucho infortunio.

«Yo hubiera querido abrazar á Agustin en aquellas costas. A la vista de la colina, donde descollara un dia el palacio de Dido, me anegué de repente en lágrimas. Una columna de humo que se elevaba en la playa, pareció anunciarme, como al hijo de Anquises, el incendio de la hoguera fúnebre. En el triste destino de la reina de Cartago, volví á encontrar el de la sacerdotisa de los galos; y ocultando mi cabeza en ambas manos, prorrumpí en amargos sollozos. Yo huía tambien sobre los mares despues de haber causado la muerte de una mujer; y no obstante, hombre sin gloria y sin porvenir, no era como Eneas el último heredero de Ilión y de Héctor; no tenia como él por escusa la órden del cielo y los destinos del imperio romano.

«Salvamos el promontorio de Mercurio y el cabo donde Escipion, saludando la fortuna de Roma, quiso abordar con su ejército. Impelidos por los vientos hácia la pequeña Sirte, vimos la torre que sirvió de asilo al gran Anibal cuando se embarcó furtivamente para sustraerse á la ingratitud de su patria; porque en cualquier tierra donde el hombre hijs la planta, halla

siempre los vestigios de la injusticia y del infortunio. De este modo en la costa opuesta á la Sicilia creia ver aquellas victimas de Verres, que desde lo alto del instrumento de su suplicio volvia inútilmente hácia Roma sus moribundos ojos. ¡Ah! ¡el cristiano sobre su cruz no implorará en vano su patria!

«Ya habiamos dejado á nuestra derecha la isla deliciosa de los Lotófagos, los altares de los Filenos y á Leptis, patria de Severo. No tardamos en atravesar el golfo de Cirene. La aurora décimatercia hermo-seaba los cielos, cuando vimos mostrarse en el horizonte á lo largo de las olas una costa baja y desolada. Mas allá de unavasta llanura de arena, una erguida columna atrajo en breve nuestras miradas. Los marineros reconocieron la columna de Pompeyo, actualmente consagrada á Diocleciano por Polion, prefecto de Egipto. Nos encaminamos hácia el monumento que con tanta seguridad anuncia á los viajeros esa ciudad hija de Alejandro, construida por el vencedor de Arbelles, para servir de sepulcro al vencido de Farsalia. Fuimos á echar anclas al Occidente del faro, en el gran puerto de Alejandria. Pedro, (1) obispo de esta famosa ciudad, me acogió con paternal bondad, y me ofreció un asilo en las habitaciones de los servidores del altar; pero los lazos de parentesco me hicieron elegir la casa de la bella y piadosa Aecatarina (2).

«Antes de reunirme á Diocleciano en el Alto Egipto, pasé algunos dias en Alejandria para visitar sus maravillas. La biblioteca escitó mi admiracion; su direccion estaba confiada al sabio Didimio, digno sucesor de Aristarco. Allí encontré filósofos de todos los paises y los hombres mas ilustres de las Iglesias de Africa y Asia: á Arnobo, (3) de Cartago; á Atanasio, (4) de Alejandria, á Eusebio, (5) de Cesaréa; á Timoteo y á Pánfilo, (6) todos apologistas, doctores ó confesores de Jesucristo. El débil seductor de Velleda casi no se atrevia á levantar sus ojos en presencia de aquellos hombres fuertes que habian vencido y destronado las pasiones, como aquellos conquistadores enviados por el cielo para herir á los príncipes con la vara y poner su planta sobre el cuello de los reyes.

«Un dia habia quedado casi solo en el depósito de los remedios y los venenos del alma. Desde lo alto de una galeria de mármol miraba á Alejandria, iluminada por la postrera luz del dia. Contemplaba aquella ciudad habitada por un millon de hombres, y situada entre tres desiertos: la mar, las arenas de la Libia y Necrópolis, ciudad de los muertos, tan estensa como la de los vivos. Mis ojos vagaban sobre tantos monumentos, el Faro, el Timonio, el Hipódromo, el palacio de los Tolomeos, y los obeliscos de Cleopatra; consideraba aquellos dos puertos cubiertos de navios, aquellas olas, testigos de la magnanimidad del primero de los Césares y del dolor de Cornelia. La forma misma de la ciudad fijaba mis miradas; pues se diseñaba como una coraza macedonia sobre las arenas de la Libia, ya para traer á la memoria el recuerdo de su fundador, ya para decir á los viajeros que las armas del héroe griego eran fecundas, y que la pica de Alejandro hacia surgir ciudades en medio del desierto, como la lanza de Minerva hizo brotar el olivo florido del seno de la tierra.

«Perdonad, señores, esta imagen tomada de una fuente impura. Lleno de admiracion por Alejandro, volví á entrar en el interior de la biblioteca, y descubri una sala que todavia no habia recorrido, y á cuya estremidad vi un pequeño monumento de cristal que

(1) El mártir. Nos ha quedado de él una epístola apostólica.

(2) Aecatarina, que resistió al amor de Maximiano.

(3) El apologista cuyas obras poseemos.

(4) El patriarca.

(5) El historiador.

(6) El mártir, maestro de Eusebio.